



poética, es decir, uno de sus más fieles intérpretes. Si la única forma de entender una tradición consiste en depurarla y actualizarla, la obra de Blas de Otero se corresponde sin duda con la de un moderno poeta tradicional, con la de un clásico de hoy mismo. No importa que ciertas lecciones surrealistas o vallejianas se engranasen con las de los místicos y los ascéticos, con las de los romanceros y los cancioneros, pues esa opulenta fusión produjo finalmente la raíz personalísima del "árbol de las palabras" de Blas de Otero.

Es muy posible que una de las más notables singularidades de la poesía de Blas de Otero dependa de la reelaboración de un lenguaje de cuño popular por medio de una mecánica rigurosamente culta. En no pocas ocasiones, se injertan en su obra frases hechas, formas coloquiales, fragmentos de canciones, cuñas paremiológicas. Pero su incorporación a los dispositivos creadores del poema adquiere siempre un rango imprevisto, actúa como un resorte dialéctico que intensifica y enaltece las modulaciones expresivas. Nadie como él consiguió pulir esa síntesis de ornamentos que se fraguan con los albores de

la poesía escrita en castellano y penetran en una obra que también quiso llamarse "En castellano". Esa extraordinaria capacidad de recreación de lo culto y de soldadura de lo popular, han posibilitado que Blas de Otero haya sido, juntamente y sin fisuras, un poeta de minorías y un poeta de masas. Ese lema tan suyo de "a la inmensa minoría" tiene algo de vanguardia programática y de generosa evidencia comunicativa.

Blas de Otero era tan vasco que no lo parecía y era a la vez tan ibérico que no podía parecerlo más. Su proverbial aislamiento lo hacía acercar-

se a las cosas que amaba con una pasión convivenciadora y reverencial. Parecía distante porque estaba muy junto y porque tenía una sensibilidad entre ensimismada y manifestada. Su manera de ser hombre tendía a una soledad compartida con los otros. Hablaba poco porque escribía lo que tenía que decir. Su silencio se fue haciendo más hondo a medida que su palabra se iba haciendo más pura. En su rostro habla vetas de santo de palo, de desterrado que quiere volver y no acaba de hacerlo, de monje en rebeldía, de convaleciente de vivir. Ahora que se ha ido, no dejará ya nunca de estar

con nosotros, quizá porque "todo lo había vivido de una manera póstuma". Su muerte no es ya una frontera: "Escribo, luego existo". En su entierro había poco más de doscientas personas: un grupo de amigos, de compañeros, de estudiantes. Nadie más. Era lo previsible y lo correspondiente. Junto a su tumba, la de Pablo Iglesias, la de Giner de los Ríos, la de Pío Baroja, es decir, la más fértil memoria de la cultura y de la libertad de España. Blas de Otero, a quien tan sañuda y tenazmente le negaron la paz y la palabra, ya las ha logrado ganar para siempre. ■

ES A LA INMENZA mayoría, fronda
de turbias frentes y sufrientes pechos,
a los que luchan contra Dios, deshechos
de un solo golpe en su tiniebla honda.

A ti, y a ti, y a ti, tapia redonda
de un sol con sed, famélicos barbechos,
a todos, oh sí, a todos van, derechos,
estos poemas hechos carne y ronda.

Oídlos cual al mar. Muerden la mano
de quien la pasa por su hirviente lomo.
Restalla al margen su bramar cercano

y se derrumban como un mar de plomo.
¡Ay, ese ángel fieramente humano
corre a salvarlos, y no sabe cómo!

PORQUE vivir se ha puesto al rojo vivo.
(Siempre la sangre, oh Dios, fue colorada.)
Digo vivir, vivir como si nada
hubiese de quedar de lo que escribo.

Porque escribir es viento fugitivo,
y publicar, columna arrinconada.
Digo vivir, vivir a pulso, airada-
mente morir, citar desde el estribo.

Vuelvo a la vida con mi muerte al hombro,
abominando cuanto he escrito: escombro
del hombre aquel que fui cuando callaba.

Ahora vuelvo a mi ser, torno a mi obra
más inmortal: aquella fiesta brava
del vivir y el morir. Lo demás sobra.